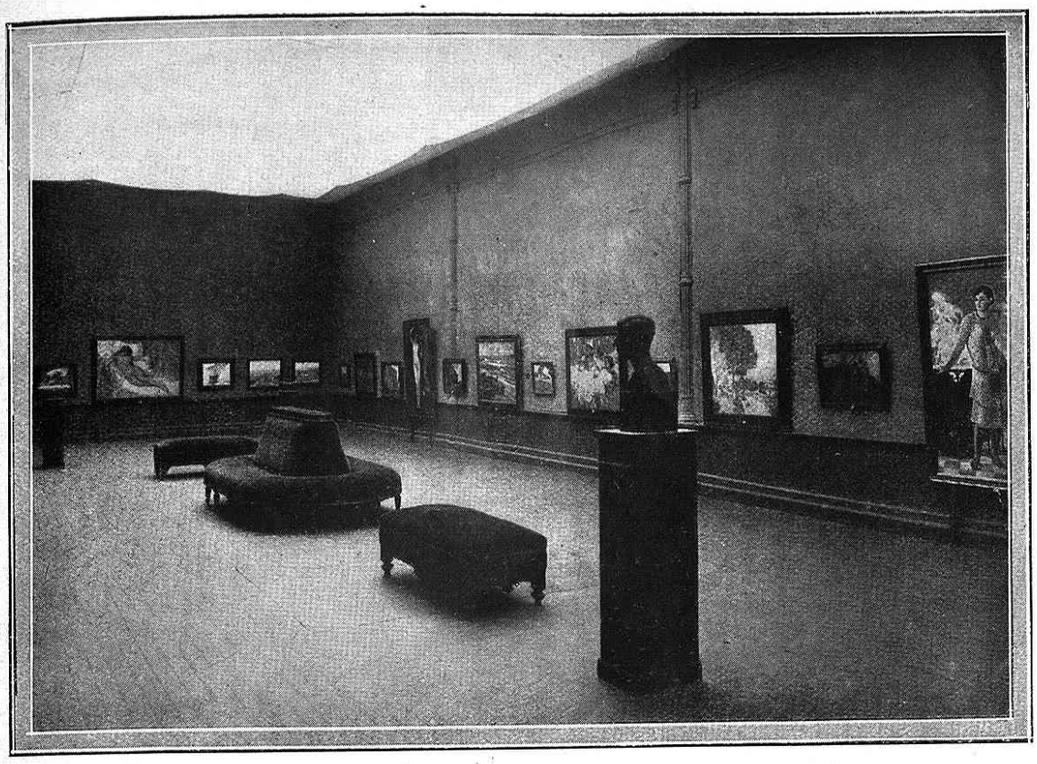
cresía y fariseísmo de la muchedumbre y sus cabezas visibles.

Por esto es de elogiar y alentar siempre la aparición de desnudos en las exposiciones y en los concursos artísticos. Debiera incluso empezar á pensarse en una *Exposición de Desnudo*. Y todo ello, precisamente, porque es necesario limpiar el alma de muchas gentes obstinadas en la suciedad carnal.

Del número de desnudos expuestos en el Salón de Otoño se destaca, con brío y belleza extraordinarios, el firmado por Soria Aedo. No sólo es el mejor de todos, sino acaso la mejor obra pictórica de toda la exposición, por la simplicidad magistral con que está lograda. Ese desnudo admirabilísimo bastaría para compensar la visita al Salón de Otoño.



Otro aspecto del Salón de Otoño, recientemente inaugurado

Debe citarse también la sensibilidad y la finura tonal que revela otro *Desnudo* femenino firmado por Antonio Martín.

El cómodo sistema parodista ó simulador de estilos ajenos revela en el fondo una modestia casi patológica. Porque nada más modesto, al parecer, y nada tan lejos de la normal aspiración de todo artista es la de sentirse satisfecho con ser confundido brevemente con otro y no inspirar luego la menor curiosidad apenas se descubre el error. Porque, en realidad, estas simulaciones, estos disfraces estilísticos y facturales justifican la frase benaventina: «bienaventurados nuestros imitadores, porque de ellos serán nuestros defectos».

Y de ellos, de los imitadores, de los calcadores de Morcillo y Hermoso—por citar solamente dos de los pintores á quienes más ostensiblemente se parodia en este Salón—, son los defectos de Morcillo y de Hermoso, sin poderles encontrar lo que constituyen excelencias originales y personales en ambos artistas.

En *Naturaleza en silencio* y los *Bodegones* hay de todo. Más malo que bueno. Pero entre las obras sobresalientes por su bondad artística deben citarse: *Naturaleza muerta*, de Juan Miguel Jiménez, distinguida de calidades y sobriamente armónica; *Peces y tomates*, de Martínez Tarrasó, magnífico par de bodegones, verdaderas obras maestras del género; *Flores*, de Berény, y los brillantes bodegones del veterano pintor valenciano Peris Brell.

En paisaje, el número de aciertos es mayor: *Agro de Castilla*, amplio de concepto y de expresión feliz, de Aquilino Pinto; *Pollensa* y *Almendros en flor*, notas de una rara y fuerte austeridad mallorquina, originales de Joaquín Tudela; los cuatro lienzos de Serra Farnés, tan colmados de ese noble fervor, de ese alegre y puro misticismo que definen á este paisajista; los apuntes de *Lequeitio*, de Luis Francés, limpios é ingenuos de visión; *Tejadillos*, muy luminoso, de Almela Costa; *Pinos* y *Urán*, de Abelenda, esencialmente saturados de galleguismo; *Crepúsculo en el huerto*, vibrante, cálido y robusto de acento, firmado por Gómez Alarcón; la *Marina*, de Peris Brell, con sus platas y sus nácares bien valencianos; las notas decorativas de las playas de Llavaneras y Rosas, de Luis Masriera; *Sol de tarde en Mallorca* y *Día gris*, de Virgilio Bernabéu; *Geranios*, de Domenech; *El túnel*, original lienzo de José Gristeras; *Marineda*, de Domínguez Tenreiro; los ya vistos *Ruinas de sobrado de los monjes*, *El orzán*, de Seijo Rubio; *Sierra madrileña*, de Juan Espina; *Vestíbulo campestre*, de Lozano Rey; las simpáticas notas olotinas de Mir Mas de Xexás; una marina, con gran empuje dramático, *La flota de los Cruzados*, de Blanco Coris, y *Cabezo de hierro*, de Luis Rutiv.

En los lienzos de retrato y figura, lo más considerable son los envíos de Pedro Antonio y Francisco Soria Aedo. Ambos, dentro de la trayectoria, castizamente española, de su maestro López Mezquita, vienen demostrando una fraterna perfección que se desdobla en las sendas personalidades.

Soria Aedo añade á su magnífico *Desnudo* —para mí, la obra culminante del Salón—un retrato muy concienzudo y una media figura de adolescente, acaso menos admirable.

Pedro Antonio exhibe cinco cuadros. Sobresalen del conjunto armónico, seguro y atractivo, el juvenil torso femenino que reproducimos en color en este número, y el retrato de D. Emilio Zurano. *Siesta*, de Rodríguez Jaldón, conserva el nivel elevado de otras obras suyas. *Estudio*, de Suárez Peregrín, es una delicia de color y una excelente composición. Nelly Harvey presenta un bello retrato de señora, construído con soltura muy simpática. Cancio, siempre severo y exacto, da en el retrato del escultor Cruz esa nota de sobriedad exigente de las propias facultades que hacen de este pintor, tan inteligente y culto, uno de los futuros maestros del género. No hay que olvidar *Coquetería*, de Argeles; *Lobo de mar*, de Covarsi; la cabeza *Hijo del Mediterráneo*, de Guzmán de Rojas; *Rosita*, de Enrique Marín, audaz de técnica y con ansias de sensata modernidad, y *Doña Pilar*, de Juan José Orta, nombre nuevo que habrá de sonar elogiosamente más de una vez en lo por venir.

A Enrique Larrañaga, el buen intérprete de Madrid, se le debe un juicio sincero. Su *Murga* es una equivocación noblemente acometida, reveladora de inquietud; pero peligrosa si no fuese porque la comprendemos producto de transitorias preocupaciones.

José Llasera, á quien vemos con gusto incorporado otra vez á las luchas colectivas, presenta un cuadro de empeño, *El Trenco*, tipo de marino gallego, resuelto con brío y no exento de ternura, y dos cabezas femeninas, *Lagarterana* y *Gitana*, donde ratifica sus preferencias temáticas y facturales.

En arte decorativo, lo más considerable son las tallas en piedra *Amanecer* y *Trabajo*, de Ricardo Boix. Representan, además, la revelación de un verdadero meritísimo artista.

Lozano Sidro presenta tres dibujos llenos de intención y observación costumbrística. Pedraza Blanco y Pedraza Ortos, carteles notables, y Gaspar Arnal, varios esmaltes aún no logrados, pero excelentemente orientados.

La sección de grabado la forman reiteraciones ya conocidas de Espina, Reyes y Pedraza Ortos, más unos dibujos de Jaime Serra y Solís Avila. Fijemos ahora nuestra atención en otros aspectos.

La escultura está dentro del tono modesto y discreto del Salón. Si bien se nota más que en pintura la ausencia de envíos importantes y de firmas culminantes, no sería justo silenciar aportaciones valiosas como la testa en bronce de Torre Isunza, uno de los mejores estatuarios jóvenes; las figuras animalistas de Benedito; la talla en madera *Cóndor*, de «Compostela»; la cabeza del poeta Lázaro, de Chicharro Gamo; *La madre*, de Palma Velasco, y el retrato de Zozaya, por Florentino del Pilar.

Al aludir á la generosa colaboración de los maestros, me refería á Gustavo Maeztu y Julio Moisés.

El primero ha enviado un lienzo de grandes dimensiones, *Los siete niños de Ecija*, tratado con esa amplitud de monumentalidad decorativa peculiar del gran pintor. Sin estar exento de defectos, es una de esas obras ejemplares por la intención y el brío.

La flanquean dos bellas notas de paisaje, la mejor de las cuales es *Invierno en un canal de Haarlem*, donde hay trozos, como el del agua, en primer término, sencillamente perfectos.

Maeztu es siempre un espectáculo apasionado, fulgurante, de superior temperamento pictórico.

Las dos notas de Moisés, delicadas y ponderadas, son como el juego didáctico de otra educada y elegante sensibilidad. Son la sonrisa del Salón y una de sus disculpas afables, como la palabra autorizada y comprensiva de quien conoce á fondo el ambiente donde actúa y los errores ajenos que perdona.

Por último, el contraste entre la modernidad extranjera y la vetustez indígena está en el envío, aun no llegado, de los grabadores holandeses, y en la sala póstuma del pintor de flores y frutas, Cayo Guadalupe.

De los primeros hay un anticipo prometedor en algunas reproducciones del catálogo que autorizan la promesa de otro artículo.

El conjunto de Cayo Guadalupe, en la sala de peor luz del Palacete, no añade ni quita nada á la fisonomía del *VIII Salón de Otoño*.

José FRANCES

(Fots. Cortés)

Ministerio de Cultura 2006